

## SUBDESARROLLO, COMERCIO Y AYUDA: GRAN CUESTION DE NUESTRO TIEMPO

«El problema más importante de nuestra época es quizá el de las relaciones entre comunidades políticas económicamente desarrolladas y países en vía de desarrollo económico.»

(JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, 161.)

### I.—MUNDO SUBDESARROLLADO Y AYUDA.

El editor económico del *Observer* ha escrito<sup>1</sup>: “El fracaso más espectacular en la política mundial de la pasada década es un asunto en el que los Estados Unidos, Rusia y Europa han participado. Se trata del fracaso de los países ricos del mundo en hacer algo efectivo para ayudar a los países pobres a superar su pobreza.”

Para Jean Montalat, hasta el presente, la ayuda de las naciones ricas al mundo subdesarrollado se salda con un fracaso<sup>2</sup>.

El 3 de febrero de 1964, Robert Buron—presidente del Centro de Desarrollo de la O. C. D. E.—declaraba: “Referente al *tercer mundo*, soy pesimista. Desde hace dieciocho años, los Gobiernos occidentales han multiplicado los esfuerzos. ¿Dónde estamos actualmente? La respuesta es, en un fracaso total.”

Hay una realidad concluyente: la diferencia en los niveles de vida que se pretende reducir no deja de aumentar. En 1980, la renta media *per capita* será de 80 dólares en el *tercer mundo* y de 2.700 en los países de la O. C. D. E. Aun más: al ritmo actual, serán necesarios—según cálculos de las Naciones Unidas—doscientos años para que los niveles de vida de los países pobres lleguen a los de la Europa Occidental de hoy...

Y, en el caso concreto del mundo occidental, no sólo se ha calificado su ayuda de “tibia e ineficaz”, sino que se ha considerado como “distorsiona-

<sup>1</sup> Cons. Samuel BRITTAN: *20th—century time bomb*, «The Observer», 29 marzo 1964, pág. 8.

<sup>2</sup> Vid. la intervención de Jean MONTALAT (socialista) en el debate sobre la política gala de cooperación, «Le Monde», 12 junio 1964, pág. 2.

da”: tanto porque sólo beneficia a las clases dirigentes, como por la misma concepción del “desarrollo” que trata de imponer.

\* \* \*

Tras esas previas anotaciones, fijaremos la atención en algunos hechos típicos de nuestro tiempo.

Primeramente, advertiremos que, en los pasados diez años, casi todo lo obtenido de la ayuda exterior por los países pobres ha sido “absorbido” por la caída de los precios de sus exportaciones. Un ejemplo concreto: en mayo de 1961, el Senado norteamericano votaba una partida de 500 millones de dólares para Iberoamérica, que se sumaban a otros 500 otorgados por el Acta de Bogotá. Pero en 1958 Iberoamérica perdía, como consecuencia de la baja de los precios del café—controlados en gran parte por compañías norteamericanas—, 1.000 millones de dólares, aproximadamente.

En resumen, la ayuda en tal coyuntura no es *convinciente*. Máxime cuando se olean circunstancias como las siguientes. Con el 6 por 100 de la población mundial, los Estados Unidos producen la mitad de las riquezas del globo, pero para ello deben consumir gran cantidad de materias primas que les suministran los países subdesarrollados. Los Estados Unidos satisfacen sus necesidades de dos metales: el molibdeno y el magnesio. Los demás deben importarlos. Se calcula que los Estados Unidos consumen más de la mitad de las materias primas producidas por el mundo no comunista, teniendo el 10 por 100 de la población de este mundo y ocupando el 8 por 100 de su superficie.

En tales condiciones, cabe preguntarse hasta qué punto los U. S. A.—y los Estados industrializados en general—se hallan interesados en liquidar una situación de privilegio. Es por lo que ha podido escribir André Philip: “Antes de ayudar a los países subdesarrollados, es preciso dejar de saquearlos, simplemente por el hecho de que estos países dependen, para su existencia, de la exportación de materias primas que no son vendidas, en los mercados mundiales, a los precios *normales*.” El profesor Haberler ha hablado de *the pessimistic view of trade prospects* de los países que dependen principalmente de las exportaciones de alimentos y de materias primas<sup>3</sup>.

\* \* \*

---

<sup>3</sup> Vid. M. L. HOFFMAN: *Can the G. A. T. T. System Survive?*, «Lloyds Bank Review», Londres, julio 1964, pág. 6.

Pero en este asunto no debe haber lugar para aspavientos, ni para gestos demagógicos. Ello es normal dentro de la lógica de las relaciones económicas internacionales. Obérvese que, entre países jurídicamente independientes, los cambios comerciales se producen—en lo esencial—según la ley de la oferta y la demanda—apenas temperada por acuerdos bilaterales y tarifas preferenciales—. Mas esta ley funciona actualmente en detrimento de los países pobres. En conjunto, se comprueba que los Estados subdesarrollados venden con una tarifa en baja, mientras compran con una tarifa en alza. Como esas dificultades obstaculizan la adquisición de bienes de equipo, la producción resulta frenada o aumenta demasiado lentamente—una mitad menos velozmente que en los países ricos—. Y los Estados pobres se encuentran cada vez más con menos mercancías a ofrecer y sus posibilidades de compra se reducen aun más, pues—simple sentido común—para pagar las adquisiciones es preciso vender. Un círculo vicioso...<sup>4</sup>.

## II.—REMEDIOS PROPUESTOS.

De ahí surge la conveniencia de cambiar el mecanismo actuando en dos puntos: 1. El mercado mundial debe organizarse: en vez de ser abandonado a un régimen de liberalismo casi absoluto, ha de actuarse de forma que los países pobres no se vean lesionados por el ciego juego de las “leyes económicas” que regulan los precios hasta el presente. 2. Un aspecto clave de esta orientación reside en la necesidad de que las ayudas no sean desordenadas, parcelarias, distribuidas con dobles empleos y en la exigencia de una coordinación de los esfuerzos de los que dan y de los que reciben. Lo que, como ha advertido el profesor Perroux, es tanto como remitir la cuestión, se quiera o no, a *un plan o programa de desarrollo mundial*. Sauvy ha llegado a pedir una *planificación mundial* en la cual es preciso “ir muy lejos”<sup>5</sup>.

Ciertamente, un primer paso en esa planificación podría ser la *organización de los mercados*. Para algunos, esto se pone como el factor decisivo en el restablecimiento de un *mejor equilibrio* en las relaciones económicas internacionales.

<sup>4</sup> Vid. *Une dimension morale de l'économie mondiale*, «Cahiers Universitaires Catholiques», París, abril-mayo 1964, págs. 358-359.

<sup>5</sup> *Malthus et les deux Marx. Le problème de la faim et de la guerre dans le monde*, París, Denoël, 1963, pág. 324.

Ahora bien; eso no parece ser más que un paso. El mundo subdesarrollado necesita más.

El problema es que, como ha escrito François Perroux, *todavía estudiamos la pobreza en el siglo XX en términos casi medievales*<sup>6</sup>. “Nuestra intención es quizá pura. Pero nuestros instrumentos de análisis son desusados. *El error radica en enfrentarse con la pobreza ligada a la limosna y separada de la reforma fundamental de las instituciones.*” Y esto se entenderá mejor añadiendo una aclaración, a través de unas palabras del secretario general del G. A. T. T.—White—: “Lo que se necesita para encontrar una solución al subdesarrollo no son los instrumentos, es *la voluntad política de los Gobiernos*”<sup>7</sup>.

Por consiguiente, se ha de dar la razón al profesor Bartoli, cuando afirma: “Para que los pobres sean duraderamente alimentados, no bastan algunas campañas contra el hambre, gestos de caridad tan amplios como sean. No son las virtudes morales—apaciguando la pasión del lucro en los ricos y la envidia y el odio en los miserables—las que pueden por sí solas liberar a los pobres y a los oprimidos.” Lo que se requiere es una invención de orden material y de orden espiritual. “*Esta solución pasa por las estructuras políticas, económicas y sociales—nacionales e internacionales—*”<sup>8</sup>.

Urge, pues, la forja de remedios de gran envergadura, en gran escala.

\* \* \*

Como un nítido síntoma de esa urgencia, ha de citarse la Conferencia Mundial de Comercio y de Desarrollo (Ginebra, marzo-junio 1964).

A tono con tal espíritu, ha de saberse que se pide una reestructuración del G. A. T. T. para acomodarlo a las tareas del mundo de la hora actual<sup>9</sup>.

Sébase que, inicialmente, el Acuerdo General de las Tarifas aduaneras y del Comercio aparecía como un *club* de ricos. El G. A. T. T. no contiene,

<sup>6</sup> Cons. François PERROUX: *La pauvreté et la Parole*, «Cahiers Universitaires Catholiques», junio-julio 1963, págs. 84-85.

<sup>7</sup> Vid. «Le Monde», 10 abril 1964, pág. 18.

<sup>8</sup> Cons. Henri BARTOLI: *Inefficacité de la pauvreté...*, «Cahiers Universitaires Catholiques», junio-julio 1963, pág. 76.

<sup>9</sup> Para mayores esclarecimientos sobre este asunto, vid. HOFFMAN, cit. ant., páginas 1-14.

a excepción de un artículo, disposiciones *específicamente adaptadas* a los problemas de los países subdesarrollados.

Ahora bien; el Acuerdo trata de ponerse a tono con la nueva situación creada por la entrada de nuevos miembros pobres. Desde 1961, las cuestiones del subdesarrollo ocupan mayor atención. Véanse, por ejemplo, la Declaración adoptada por los ministros de los países miembros del G. A. T. T. en diciembre de 1961 y, más todavía, el llamado Programa de acción (v. Press Statement, GATT/794, 1963), aceptado en la reunión ministerial en mayo de 1963. El 8 de abril de 1964, el secretario general del G. A. T. T. recomendaba, en la Conferencia mundial del comercio, la revisión del Acuerdo añadiendo un capítulo sobre *el comercio y el desarrollo*.

Incluso se va hasta proponer la creación de una nueva Organización internacional del comercio englobando a todos los países del mundo. Así lo ha hecho la U. R. S. S., para quien el G. A. T. T. refleja demasiado las opiniones anglosajonas y no es bastante abierto (P. Drouin).

\* \* \*

Pero las cosas no concluyen con el reconocimiento de la problemática *comercio-desarrollo*.

Y, para que se sitúe adecuadamente la complejidad de esta temática, no estará de más subrayar la afluencia de propuestas en distintas parcelas del gran asunto del comercio mundial en sus implicaciones Estados ricos- Estados pobres.

Hagamos una concisa enumeración de propuestas<sup>10</sup>:

1. *Creación de un Fondo de desarrollo alimentado por la reducción de los gastos militares*. Petición de Guinea en la mencionada Conferencia del Comercio. Un nuevo Plan Marshall para los países subdesarrollados y financiado por una reducción de los gastos de armamento era preconizado, en la misma Conferencia, por el delegado de Ghana.

2. *La elevación del precio de las materias primas a un nivel remunerador*. Propuesta de Francia, y un cierto número de países del Mercado Común, en la Conferencia mundial del Comercio—o determinación del pre-

---

<sup>10</sup> Todos estos detalles han sido extraídos de la Prensa diaria de tono *internacional*: de «Le Monde» al «New York Times». A ella remitimos.

cio de venta de las materias primas reconociéndoles un “valor intrínseco” al abrigo de las fluctuaciones. Propuesta de la delegación argelina en la misma Conferencia—. Estabilización del curso de las materias primas tropicales sobre “una base equitativa”. Demanda del Camerún en esa Conferencia. Pero, como consignaba T. Kristensen—secretario general de la O. C. D. E.—, “lo que es preciso entender en términos concretos por precios equitativos y remuneradores y cómo llegar a ellos constituyen problemas que será preciso resolver para cada caso específico”. Y no se olvide, en este dominio, una tacha: los Acuerdos de tipo mundial no “pueden” funcionar más que para un pequeño número de productos (editorial de “Le Monde”) <sup>11</sup>.

3. *Aumento de las ventas de materias primas originarias de los países subdesarrollados*, por medio de la suspensión o la reducción de obstáculos de tarifas. Proposición del Reino Unido y del G. A. T. T. en la mentada Conferencia mundial del Comercio. En opinión de los defensores de tal orientación, un remedio natural para los males del mundo subdesarrollado sería, a primera vista, el comercio: *trade not aid*. “La verdadera ayuda a los países subdesarrollados es facilitar su comercio”: eliminando las tasas interiores que restringen el consumo de tal o cual producto alimenticio de origen tropical; abriendo más las fronteras a los productos textiles, los artículos de cuero, etc., fabricados en el *tercer mundo*.” Estamos en presencia de una doctrina liberal defendida con ardor por los anglosajones en el G. A. T. T. y que ha conseguido convencer a un buen número de naciones subdesarrolladas, mostrándoles que los regionalismos tipo C. E. E. o asociación de los países africanos al Mercado Común constituyen un grave golpe al gran juego del liberalismo mundial y a la ley de los costes comparados.

4. *Necesidad de la creación de grupos económicos regionales*. Idea contenida en el Plan del Gabón, ante la Conferencia mundial del Comercio. Concepto inspirado en una *aide-mémoire* francesa favorable—a la luz de la reconstrucción de las economías europeas de la postguerra—a la formación de grupos regionales de países subdesarrollados disponiendo de un organismo comparable a la O. E. C. E., capaz de organizar un comercio in-

<sup>11</sup> No obstante, para una visión de conjunto, vid. J. E. MEADE: *International Commodity Agreements*, «Lloyds Bank Review», julio 1964, págs. 28-42.

tra-regional liberado, pero protegido frente al mundo exterior, y financiado por un sistema de crédito análogo a la U. E. P. Se le achaca en determinados medios—ingleses y americanos—su inspiración “dirigista”. Mas, a pesar de críticas, se pone de relieve que el *tercer mundo* no obtendrá nada serio si no se *impone* de un modo o de otro a los Estados de la “sociedad industrial”. Las naciones jóvenes no sólo tienen a su disposición medios de presión política. También pueden disponer de armas económicas, si saben *equiparse*. Para determinados productos, el sistema de *pool* de vendedores puede reforzar la fuerza de maniobra del *tercer mundo* (Drouin). No obstante, el Japón se ha elevado contra una multiplicación de los grupos económicos regionales de los países subdesarrollados y ha defendido la limitación de su número.

5. *Necesidad de que los países subdesarrollados hagan esfuerzos para sanear sus economías por medio de “una adecuada planificación y una sana política financiera y fiscal”*. Este reconocimiento por parte de los Estados del *tercer mundo* es una de las conclusiones deducidas de la primera fase de la Conferencia del Comercio y Desarrollo. Merece destacarse que Túnez colocaba a la cabeza de las recomendaciones necesarias para conseguir el *desamarre* de la economía de los países subdesarrollados, “la reorganización de las estructuras económicas y sociales de estos países”. También el Japón ha insistido en que el desarrollo de los países subindustrializados depende, aparte del mantenimiento de la prosperidad de los Estados industrializados, de sus propios esfuerzos. Parejamente, la Alemania Occidental ha subrayado que el desarrollo de los países del *tercer mundo* depende de sus propios esfuerzos y de la voluntad de fomentar la iniciativa privada y las inversiones extranjeras.

Interesante directriz. Ya en 1962, un semanario marroquí hacía un llamamiento a los subdesarrollados a tomar conciencia de sus responsabilidades<sup>12</sup>. Y Ferhat Abbas decía en el mismo año: “Haremos llamada a nuestros amigos, a la ayuda extranjera. Pero no olvidemos que en este terreno nada puede reemplazar a nuestra disciplina y nuestra labor. El trabajo sigue siendo la inversión más segura del hombre. *Ante todo, debemos contar con nuestras iniciativas, con nuestros esfuerzos: es decir, con nosotros mismos*”<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> Vid. «L. M.», 25 octubre 1962, pág. 8.

<sup>13</sup> Cons. «L. M.», 27 de septiembre de 1962, pág. 6.

III.—LA NECESIDAD DE UN NUEVO ENFOQUE.

Demasiados planes, se dirá. Ciertamente. “Le Monde” escribía, el 4 de abril de 1964, que “en el plano técnico, los mismos expertos están desbordados por la multiplicidad de los planes, proposiciones [y] programas que surgen a una cadencia acelerada.”

Verdad ese “desbordamiento”. Pero no menos verdad es que todo ello supone una gran gama de síntomas sobre la complicada trabazón de las relaciones Estados ricos-Estados pobres.

Por ello, cabe que digamos, con un especialista de estas cuestiones: si con ocasión de la Conferencia mundial del Comercio pudiera ponerse un poco en orden en los “cuadernos de quejas” del *tercer mundo* y si detrás de las frases—pletóricas de buenos sentimientos—de los dirigentes de los Estados industriales apareciese mayor determinación, no se habría perdido el tiempo...

Por tanto, en pos de ese orden y de esa determinación, imprescindibles, tal vez sea un excelente método el recomendado por el ministro italiano del Comercio Exterior, en la archicitada Conferencia de Comercio. Ante la complejidad de los problemas, el gobernante italiano recomendaba el sistema de *approches successives*. Pero siempre fundando la solución de los problemas—como ha pedido la Gran Bretaña—“*sobre principios económicos sólidos y sobre las realidades de la situación internacional*”.

\* \* \*

Verdad es que el género humano posee una impresionante formación de instituciones internacionales encaminadas, de una manera o de otra, a enfrentarse con los problemas económicos<sup>14</sup> y sociales. Y, concretamente, en el campo del desarrollo económico-social el conjunto de organizaciones resulta el más notable de todos. Se ha hablado de exuberancia (L’Huillier).

---

<sup>14</sup> Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo; Corporación Financiera Internacional; Fondo Especial de las Naciones Unidas para el Desarrollo; Asociación Internacional para el Desarrollo, y—para la asistencia técnica—el «Expanded Program of Technical Assistance»; junto al Plan Colombo (1950), el Banco Interamericano de Desarrollo (1959) y la Alianza para el Progreso (lanzamiento marcado por la Carta de Punta del Este de 1961). Vid. Benjamin HICCHINS: *United Nations and U. S. Foreign Economic Policy*, Irwin, Homewood, 1962, págs. 84-104 y 198-206.



Situación que es reconocida hasta por una obra tan consciente de las exigencias del conflicto permanente como *A Forward Strategy for America*.

“Asombrosa proliferación” de las instituciones de desarrollo que lleva a sentar la clara necesidad de “esfuerzos coordinados hacia una consistente y eficiente” política internacional de desarrollo. Multiplicidad de esas instituciones que presenta obvios problemas de coordinación. Así lo ve el equipo de *Prospect for America*—los Informes del *Rockefeller Brothers Fund*—.

En todo caso, la Iglesia ve la cuestión con nítidas tonalidades: “La cooperación científica, técnica y económica entre comunidades políticas económicamente desarrolladas y países que todavía están al principio o en los primeros pasos de su desarrollo, quiere *otra amplitud que la que conocemos*” (*Mater et Magistra*, 169).

Esa tónica parece aprehenderse entre los seguidores de la dinámica internacional. U Thant ha afirmado que el papel de la O. N. U., como organismo mundial de distribución de la asistencia económica y técnica al mundo subdesarrollado, *debe ser ampliado en gran escala*.

¿Explicación de tal dialéctica?

Autores como Josué de Castro reconocen que en los organismos internacionales trabajan hombres de una calidad excepcional que se dedican en cuerpo y alma al mejoramiento de la condición humana. Pero, por desgracia, esos hombres no tienen ni el poder ni la autoridad para tomar decisiones. Estas decisiones dependen de Asambleas de representantes o delegados de los Estados que, por encima de los intereses superiores de la Humanidad, colocan en primer lugar sus egoístas intereses nacionales.

Por otro lado, tenemos que la ayuda dispensada por las instituciones internacionales es de un volumen bastante pequeño.

En diez años, el Bureau de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas ha concedido 270 millones de dólares consistentes en envíos de expertos, becas de estudio, etc. En 1962, el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo había efectuado, desde su creación, un conjunto de préstamos importando 6.500 millones. Cifras, al vez, importantes e irrisorias, dada la intensidad del mal a curar. A la par, se recuerda la preocupación por la rentabilidad que anima a instituciones como el citado Banco o como la Sociedad Financiera Internacional, lo cual reduce sus actividades. Es el motivo de que en 1960 se crease la Asociación Internacional para el Desarrollo. Esta puede conceder préstamos a largo plazo, sin intereses,

reembolsables por anualidades en moneda local. Pero ella no dispone más que de un débil capital.

Por tanto, tienen razón quienes afirman que no es suficiente con defender la causa del multilateralismo en tanto que la *forma* no se una a la *sustancia*. Esto exige que el fardo financiero correspondiente a esta acción sea repartido más equitativamente entre los pueblos desarrollados. Como lo señala G. Myrdal, no hay mucho sentido en defender la distribución de la asistencia financiera y técnica a través de las Organizaciones internacionales, mientras un país soporte la casi totalidad del coste de tal acción.

En definitiva, se pide la instauración de “un sistema mundial de cooperación internacional”, para prestar una ayuda colectiva a los países subdesarrollados. *En la lucha contra el subdesarrollo, “la ayuda ha reemplazado ya a la caridad; ahora, la cooperación debe reemplazar a la ayuda”*: fórmula de René Maheu, director general de la UNESCO.

Y opínase que, para resolver un problema de esa envergadura, es preciso algo más que un simple organismo *internacional*.

Se ha mantenido la postura del *complejo de Agencias*. Así lo hacía el presidente mejicano López Mateos en los discursos pronunciados durante su viaje por Europa en 1963.

Y las cosas marchan por el camino de las propuestas “revolucionarias”. Se propone la creación de una *Organización internacional para asistir a los países con bajos niveles de vida*, asistencia a realizarse por medio del desarrollo económico y de programas de estabilización. El *nuevo* Consorcio internacional se enfoca como un desenvolvimiento de la *International Development Association*, con mayores fondos y expansión de las formas de asistencia, reuniones anuales, Subdivisiones regionales (las actuales Comisiones regionales de las N. U.) y eventual aprovechamiento de las Organizaciones regionales (como la O. E. A. o el Plan Colombo)—operantes fuera del entramado de la O. N. U.—, con la tarea de aclaramiento de los programas a someterse a la aprobación de la I. D. A.<sup>15</sup>.

El Brasil se insertaba en esta dirección cuando en la Conferencia mundial del Comercio lanzaba, en abril de 1964, la idea de la constitución de

---

<sup>15</sup> Cons. HIGGINS, cit. ant., págs. 195-205, y MAXWELL GRADUATE SCHOOL OF CITIZENSHIP AND PUBLIC AFFAIRS: *The Operational Aspects of United States Foreign Policy*, Washington, 1959, págs. 54 y 53.

un *Consejo de Seguridad económica* compuesto por 21 miembros, de ellos 14 representantes de los países subdesarrollados, sin derecho de veto y tomando sus decisiones por mayoría simple, y disponiendo del instrumento de sanciones—yendo hasta el embargo económico—; una Asamblea General; un Comité director elegido sobre bases geográficas; una Autoridad financiera encargada de coordinar la política de ayuda; y diversas Comisiones.

Por lo pronto, de la Conferencia mundial del Comercio y Desarrollo, de 1964, van a surgir una Conferencia, reuniéndose a intervalos de no menos de tres años, como órgano de la Asamblea General de las Naciones Unidas; y un Consejo de Comercio y Desarrollo que ejercerá las funciones de la primera cuando no esté en sesión. El Consejo se compondrá de 55 miembros representando a los diferentes grupos de Estados participantes en la reunión de Ginebra: 22 representantes de países de Africa y Asia y Yugoslavia; 18 de países de economía occidental y Japón; nueve de países iberoamericanos y Jamaica, y seis de países comunistas—a excepción de Yugoslavia—. Y se expresa la creencia—por ejemplo, en los medios conservadores ingleses—de que estas instituciones llevarán a cabo una constructiva labor en muchos terrenos que no se hallaban adecuadamente cubiertos.

Con todo, en el sentir de Josué de Castro, se necesita un *organismo supranacional*, liberado de las exigencias esterilizantes de lo que se llama, sin gran fundamento, el interés nacional de cada país.

Robert Buron, traído a colación anteriormente, arguye que “se necesita una *entente* entre los países industrializados. De hecho, un *embrión de Gobierno mundial*, y—por tanto—una *solución política*.”

Cosa lógica. Pues, a fin de cuentas, y como nos dice Perroux, la paz es indivisible, y resolver el problema de la miseria a escala mundial depende de una política *general*...

\* \* \*

Ahora, para concluir, comprendamos plenamente lo que quieren decir las experiencias pasadas en revista en la más concisa abreviatura.

Tras un ambiente de la ayuda exterior coincidente con una concepción *optimista* del desarrollo económico, la tendencia imperante pasaba hacia el *pesimismo*<sup>16</sup>. Hoy, las palabras de orden son *revisión* y *realismo*. Dí-

<sup>16</sup> Así lo ha indicado E. E. PAPANICOLAOU: *Coopération internationale et développement économique*, Ginebra, Droz, 1963, pág. 2.

cese que, gracias a un conocimiento más completo del tema, nos aproximamos al momento en que *revisemos* nuestros “conocimientos especulativos” sobre la ayuda al mundo subdesarrollado, fundándonos en una noción más *realista* de las vastas posibilidades de desarrollo de una economía mundial más integrada.

En un cierto grado, puede haber pie para moderadas esperanzas. Impresiones de algunos oteadores de las cuestiones económicas nos hacen incurrir en ellas. Veamos. Hablando de “las modificaciones de estructura de la economía mundial en la época de la coexistencia”, el profesor Gerhard Colm ha advertido<sup>17</sup> que tal coexistencia parece ser una fase transitoria hacia formas de existencia enteramente nuevas que se yuxtapondrán. Se delinea una nueva interdependencia en la que la diplomacia no desempeña ya el papel preponderante y donde la iniciativa de una de las partes desencadena un movimiento análogo de la otra. Ahora bien; tómese esto en su real sentido. Ciertamente, según el doctor Colm, muchos signos hablan—en el seno de la economía mundial—de un principio de cooperación—todavía muy floja—, de una aproximación, pero no de una integración, que supondría una verdadera semejanza de los sistemas.

Confíemos—es lo único que podemos hacer—en la pronosticada arribada de esa integración, con tan saludables efectos...<sup>18</sup>.

LEANDRO RUBIO GARCIA.

---

<sup>17</sup> Dentro de las ceremonias del jubileo del Instituto de Economía Mundial de Kiel. Vid. «Bulletin de l'Office de Presse et d'Information du Gouvernement Fédéral». Bonn, 26 febrero 1964, pág. 58.

<sup>18</sup> Quien desee mayores pormenores en torno a estos asuntos del subdesarrollo, vea—por ejemplo—los números de diciembre de 1963 y los de 1964 de la revista «Développement & Civilisations», del C. I. R. F. E. D.